

Aguas revueltas

Especial protagonismo ha tenido en el proyecto la carne de ternera de raza Pirenaica. Esta producción contribuye además a la conservación de las carroñeras que habitan en el Sobrarbe –300 parejas de buitre leonado (*Gyps fulvus*) y 24 parejas de quebrantahuesos (*Gypaetus barbatus*)– gracias a los restos del matadero que son aportados por miembros de la FCQ: más de cien aportes anuales, unos 25.000 kilos de alimento.

Además, de esta forma se ahorran los costes de transporte e incineración de los restos (unos 4.000 euros anuales), evitando así la emisión de dióxido de carbono a la atmósfera.

Juan Antonio Gil, presidente de la Fundación para la Conservación del Quebrantahuesos.

Charcas para anfibios gracias a más de doscientos voluntarios

Más de doscientos voluntarios han participado en la construcción de seis charcas para anfibios que hemos llevado a cabo en dos municipios gaditanos (Castellar de Santiago y Jerez de la Frontera) y uno madrileño (Las Rozas).

Estas personas se han involucrado en al menos alguna de las diferentes etapas de esta iniciativa, asistiendo a reuniones previas, rellenando encuestas y siendo parte del diseño del proyecto, usando metodologías participativas, visitando los espacios naturales donde se ha trabajado, construyendo las charcas, reforestando o llevando a cabo el mantenimiento o el seguimiento de estos pequeños humedales.

El proyecto, que ha contado con el apoyo del Ministerio para la Transición Ecológica, a través de la Fundación Biodiversidad, se ha llevado a cabo desde marzo de 2018 hasta febrero de 2019. Su objetivo ha sido proporcionar espacios para que las diferentes especies de anfibios presentes en nuestros ecosistemas puedan reproducirse y desarrollarse con normalidad.

También han colaborado las empresas Lush y Lafarge Holcim, así como los ayuntamientos de los municipios donde se ha trabajado.

Como cierre al proyecto hemos publicado un manual para que cualquier persona interesada pueda construir una charca para anfibios, ya que creemos que es labor de todos y cada uno de nosotros recuperar las poblaciones de estos vertebrados.

Descargas en PDF del manual *Creación de charcas para anfibios*, a través de la web <https://bit.ly/2GeEfl>

Sociedad Cooperativa Ecoherencia

A finales del pasado mes de marzo, el Consejo de Ministros revisó el *Catálogo español de especies exóticas invasoras* e incluyó dos nuevas plantas peligrosas para los ecosistemas canarios: el tabaco moruno (*Nicotiana glauca*) y la hierba de la Pampa (*Cortaderia selloana*). La última de las cuales, por cierto, ya había sido catalogada como funesta para la flora peninsular. Pero a la lista se añadieron tres reptiles y un mamífero, que no tardaron en saltar a la palestra mediática como casos pintorescos. No en vano, pues eran la pitón real (*Python regius*), el varano de la sabana (*Varanus exanthematicus*) y la tortuga de la península de Florida (*Pseudemys peninsularis*), además del cerdo vietnamita, un animal doméstico cada vez más apreciado como mascota. ¿Nos hemos vuelto locos?

Con estas nuevas incorporaciones el *Catálogo* supera ya las doscientas especies, entre hongos, algas, plantas vasculares y fauna vertebrada e invertebrada. No tiene visos de que pueda cerrarse en un futuro próximo, sino más bien al contrario: tiende a ser cada vez más amplio. Tampoco es un proceso nuevo, ni mucho menos, pero se ha exacerbado con la globalización. Traslado de plantas y animales ha habido siempre, de forma interesada o accidental, pero nunca al ritmo de las últimas décadas.

Un pez procedente del mar Negro amenaza ahora a los sufridos bivalvos de agua dulce que sobreviven en los ríos europeos. Se trata de *Rhodeus amarus*, un pequeño ciprínido que pescadores y amantes de los acuarios han empezado a diseminar de forma irresponsable. El pececillo, que ya está bien asentado en Europa central tras remontar la cuenca del Danubio, deposita su puesta en las branquias de las náyades. Joaquín Soler, investigador del CSIC en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, ha destacado el peligro que entraña si continúa su progresión hacia el sur: “la expansión de este pequeño pez le ha puesto en contacto con otras especies de náyades, entre ellas *Margaritifera auricularia* en el río Creuse (Francia), a las que también hemos visto que utiliza para hacer su puesta.” Lo que les faltaba a las margaritonas.

En este mismo número de *Quercus* nos hacemos eco de la abundante fauna acuática de otras latitudes que ha invadido el río Segura (págs. 24-30). Según sus autores, David Verdiell y Javier Murcia, “sufre una de las tasas más elevadas de contaminación biológica de todas las cuencas hidrográficas españolas.” De hecho, alberga muchos más peces exóticos que nativos. Entre los invertebrados, por citar también un caso peculiar, se encuentra el cangrejo azul (*Callinectes sapidus*), un probable polizón de las aguas de lastre que trajeron los barcos desde el otro lado del Atlántico. Es una especie tan prolífica que ya ha pasado a formar parte de los arrozales y las mariscadas que se sirven en toda la franja costera levantina.

El asunto es tan preocupante que también a finales del pasado mes de marzo se presentó un nuevo proyecto LIFE coordinado precisamente por la Universidad de Murcia y en el que participan diversas entidades españolas y portuguesas. Su nombre no puede ser más explícito, Invasqua, y trata de presentar batalla en los tres frentes que mantienen abiertas las especies exóticas invasoras, en particular las acuáticas: pérdida de biodiversidad, impacto socioeconómico y perjuicios para la salud humana. Las aguas continentales son, sin duda, los ecosistemas más fuertemente alterados de nuestro país. Y, quizá también, los más frágiles. Un auténtico dislate si tenemos en cuenta que, aunque sólo fuera por nuestro propio interés, el agua va a tener una importancia estratégica decisiva durante los años venideros debido al crecimiento exponencial de la población humana.